

LA PRENSA

DIARIO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA

LA PRENSA, Lima Domingo 18/9/83 EDITORIAL 31

La Libertad del Siglo

por Enrique Ghersi

Editorialista de LA PRENSA

Un pasado artículo de Mario Vargas Llosa en *Caretas* me recuerda la que sea, tal vez, lectura principal acerca de la libertad civil del presente siglo. A saber. "Dos Conceptos de Libertad" de Isaiah Berlin.

Originalmente, tal texto fue motivo de la conferencia inaugural de la Cátedra Chichester sobre teoría política y social de la Universidad de Oxford, en octubre de 1958. Berlin pronunció en ella amplia exposición con el propósito de esclarecer los dos grandes tipos de definición que en torno de la libertad existen en el mundo occidental.

La idea fundamental de Berlin estriba en identificar dentro de las diferentes corrientes y opiniones sobre la libertad, las grandes líneas de pensamiento que permiten discriminar conceptos más amplios.

Para el efecto, parte de reconocer que en la filosofía tradicional existen casi tantas definiciones de arbitrio como filósofos hay. Advierte, sin embargo, que semejante disparidad no excluye íntima relación entre determinadas definiciones de la libertad más o menos generales.

Llega de tal manera Berlin a proponer dos formas de agrupar los diferentes conceptos de libertad: la libertad negativa y la libertad positiva. Entiende por libertad negativa todas aquellas concepciones que reputan la libertad como ausencia de coacción. A diferencia, llama libertad positiva a aquellas nociones que interpretan la libertad como permisión de alguna forma determinada por normas de superior jerarquía. "La libertad negativa, entonces, im-

plica ser libre de..."; en tanto que la libertad positiva, "ser libre para...".

Una visión tradicional puede tomar por perogrullada esa disquisición; pero sin duda perderá de vista una de las principales confusiones ideológicas de la sociedad contemporánea.

Básicamente, no existe corriente de opinión, partido político o religión que reniegue de la libertad. Simplemente lo que ocurre es que cada cual pretende definirla a su manera; y crear, a partir de ello, una nueva organización del mundo.

El comunista más furibundo o el fascista más entusiasta defenderá con igual ardor que el fundamentalista islámico o el positivista los valores de la libertad. Pero, tras de una aparente identidad en el tema, existirá siempre la más absoluta y desconcertante incomunicación.

Ocurre simplemente que estarán hablando de los dos conceptos de libertad, cada uno a su manera. En nuestros tiempos, los defensores de la intervención estatal, de los impuestos progresivos, de los privilegios, del asistencialismo y demás engendros del constructivismo, finalmente estarán adscritos a la libertad positiva. A ellos les parecerá que no existe verdadera autonomía si a la voluntad sin compulsiones no se suma la capacidad de conseguir los beneficios anhelados.

Será entonces deber de un órgano superior, que bien puede ser el Estado, pero también Dios o cualquier cofradía filosófica, poner al alcance de las personas todos los medios que consagren su capacidad.

En cambio, los defensores de la libre empresa, las leyes abstractas y generales, la economía de mercado, y el Estado de Derecho sustentan sus opiniones en la otra libertad. En la libertad negativa. Por ello, sostienen que se es libre en la medida en que otros no interfieran en la esfera de las decisiones personales y no se es libre ahí donde hay alguien (Estado, burocracia, reglamentos, oligarquías o quien sea) que impide la libre determinación y señala la forma en que se debe actuar, según las circunstancias.

La divergencia fundamental de nuestro tiempo estriba, precisamente, en la diferente adhesión a los conceptos de libertad. Aparentemente similares, la libertad negativa y la positiva son, en realidad, irreconciliables.

La experiencia demuestra —aunque la confesión personal sea muchas veces el peor enemigo de las demostraciones que finalmente los que adhieren a la libertad positiva multiplican las amenazas contra la libertad que dicen perseguir. Esa es la gran frustración de socialistas y socialdemócratas, entre otros.

En tanto que la fe en la libertad negativa permite mayores probabilidades de éxito, como lo demuestra el creciente progreso económico de los pueblos que la profesan.

Existe ciertamente gran problema al examinar los fundamentos de nuestra sociedad. Ellos son paradójicamente mayores cuando se habla de la libertad, como si existiera una eterna maldición que condenara a los hombres a nunca reconciliarse con su propio albedrío.